

# HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



ENRIQUE GRAU, NIÑA BIEN (Detalle) - Bronce - 95 x 60 x 60

El puerto de Sabanilla durante el período colonial • El modelo físico del río Magdalena • Elementos de protesta en la música afrocubana • Lo esotérico en el pensamiento de Rafael Núñez • En torno a Borges, Nietzsche y el eterno retorno • Quine, un filósofo que nos distingue mucho • La moral del lenguaje en Heinrich Böll •

Las universidades regionales. El caso de la Universidad del Norte.



---

---

# GARCIA MARQUEZ Y BARRANQUILLA

/ Por  
/ Alfonso Fuenmayor

Cuando en un momento de irreflexión acepté la invitación que se me formuló de hablar ante ustedes, inmediatamente me hice a mí mismo, internamente, incontables reproches. Incurrí en un pecado de inconsecuencia que ahora comienza a consumarse. No me gusta asistir a conferencias y obviamente, mucho menos me gustará dictarlas.

Aunque los diccionarios dan de la palabra conferencia, en sus distintas acepciones, una definición sencilla y sin complicaciones, para mí es un término que reviste mucha gravedad, mucha trascendencia, mucha responsabilidad. Y sucede que yo no soy el hombre para hacerle honor a ese compromiso. Y menos frente a tantos "gabitológicos" como aquí, en este momento, se encuentran congregados, predispuestos a perder el tiempo.

Al vocablo conferencia yo preferiría otro menos comprometedor. Y propondría la palabra charla si no fuera que de ella se deriva el término charlatán y también el sustantivo charlista que Federico García Sanchiz convirtió en profesión ambulante ejercida y quien murió en olor de esdrújulos y de lirismo hace un poco más de cuatro lustros.

Yo diré aquí, unas tras otras, unas cuantas palabras cuyo mejor destino será que se las lleve el viento. Ustedes tienen entera libertad para ponerle a esas palabras, una etiqueta. Cualquier etiqueta.

Acabo de decirles que no acostumbro asistir a conferencias. Desde luego no lo digo con orgullo, ni con petulancia.

Al final de una conferencia, rara vez sé qué fue lo que el conferenciante dijo o quiso decir. Y como yo me siento como un hombre del montón, me parece que eso mismo le ocurrirá a un cierto número de las personas que asisten a conferencias, eventualmente con un propósito de piedad para que el conferenciante no hable frente a una asamblea de sillas vacías.

Cuantas veces una simple mosca, que podría ser una mosca redentora que aquí no debe faltar, vuela para que uno, tentado de seguir el curso de su vuelo, desvíe la atención que debe entregarle sin economía ni mezquindad, al conferenciante.

Pero no siempre es necesario que ese díptero, providencial o sólo insidioso, aparezca sorpresivamente, siguiendo una costumbre muy de ellos, para que la atención del que escucha se extraíe, tome un curso torcido y se enrumbe finalmente hacia unas nebulosas muy especiales.

De pronto la persona que diserta dice algo que nos interesa, que nos apasiona, que nos emociona, que nos abstrae. Y uno, como si se bajara del bus, se baja de la conferencia y se queda ahí distante, remoto, entregado a las ideas que han sido provocadas, a las meditaciones o divagaciones que han surgido y usted las desarrolla, las amplía siguiendo un diseño que es propio de usted y que se propaga como los ramitos de Salzburgo que para Stendhal eran como el símbolo del amor.

Usted bien puede estar en desacuerdo con el conferenciante, puede discrepar

---

*HUELLAS se complace en publicar, con el carácter de exclusivo, el texto de la conferencia que, con ocasión del lanzamiento de la última novela de Gabriel García Márquez, El amor en los tiempos del cólera, dictara en la sala de conferencias de Comfamiliar el escritor y periodista Alfonso Fuenmayor.*

---



LA LEVITACION, 1967 - Oleo sobre lienzo - 128 x 177 cms.

En la narrativa el caso de José Félix Fuenmayor es ejemplar. Cuando en 1927 aparece su novela "Cosme" se destaca un tajante contraste con la novelística del interior. El agudo crítico Cobo Borda señala ese libro de José Félix Fuenmayor como el primer caso de novela urbana en el país. Con José Félix Fuenmayor la novela empieza a desruralizarse, a hacerse urbana, citadina.

Alvaro Cepeda Samudio, prematuramente muerto, con una sensibilidad nueva, escribió un maravilloso libro de cuentos, "Todos Estábamos a la Espera". Fue Alvaro otro de los innovadores. Con él, el cuento iba a tomar otros rumbos, los que hoy en gran parte están siguiéndose.

Si bien es cierto que Miguel Rasch Isla escribe sonetos impecables que en su tiempo le dieron un dilatado renombre y sin los cuales toda antología está incompleta, puede decirse que in-

trodujo, con audacia y perfección, la poesía erótica, la cual se ejemplariza en su inencontrable obra "La Manzana del Edén".

Amira de la Rosa, con esa prosa de cristal que tantos nos embelesa de algún modo emparentada con el Juan Ramón de "Platero y Yo", es, en el medio colombiano, una innovadora. No, que no se busque nada parecido en el interior a los versos de nuestra Meira del Mar, transparente e inescrutable, irrestañable manantial de auténtica poesía.

No he tratado de hacer comparaciones. Sólo he intentado mostrar que hay una literatura de la Costa no sólo distinta de la del interior sino animada con indomables arrestos de un lúcido ímpetu de innovación.

Esto se consolida con la obra estupenda, genial, señalada con el signo de la perennidad, a la que se agrega esa no-

vela magistral, "El Amor en los Tiempos del Cólera" que ahora, en medio de una gran expectativa, se ha puesto en circulación.

Este cuento ha sido muchas veces referido o "echado" como preferimos decir los barranquilleros. Y vamos, pues, a echarlo una vez más. Será idéntico al que muchos de ustedes ya conocen. Es lo que ocurre cuando se dice la verdad. Sí; la verdad es monótona, es repetitiva, es tautológica.

Antes de que formáramos lo que se conoce como el Grupo de Barranquilla, ya Gabito había vivido, de niño, unos cuantos años en esta ciudad. Para ese entonces ya mostraba su incoercible vocación literaria. Uno de sus condiscípulos en ese entonces, cuando estudiaban en el Colegio San José, de la Compañía de Jesús, era el médico Luis Eduardo Consuegra, quien a ratos compone apasionados boleros o escribe artículos enjundiosos sobre di-

de los puntos de vista que oye exponer. Y entonces usted se queda en silencio, ensimismado, refutándolo, aniquilándolo y mientras esta lucha que puede llegar al encarnizamiento tiene lugar en algún sitio de su intelecto, de su espíritu, el conferenciante, por su parte, sin obstáculo, continúa su disertación. El hilo de una conferencia se pierde en el momento menos pensado, y retomarlo, después de uno de estos baches, nos puede llevar a la confusión.

Allá por el mes de junio o julio de este año dicté una conferencia —sirvámolos de esta palabra inadecuada en mi caso— en la Northeastern University de Chicago, sobre un tema concomitante con este que dentro de muy pocos minutos trataré de exponer. Yo les dije a los asistentes, en su mayor parte latinoamericanos, que no solamente sería indulgente para con quienes bostezaran sino que con ellos me congratulaba y que aquellos de los asistentes que durmieran sin roncar, se harían acreedores, de mi parte, de un panegírico.

Este acto que ahora me tiene a mí como protagonista corresponde a un programa que ha sido elaborado para el lanzamiento del nuevo libro de Gabriel García Márquez que empieza ahora a circular. En estos casos la palabra "lanzamiento" ha adquirido una atribución semántica que difiere en forma notable de las definiciones que consagran nuestros diccionarios. El vocablo "lanzamiento" tiene connotaciones comerciales, alcances de orden mercantilista y aunque en este evento no tendría yo nada qué hacer, la verdad es que ya quedé involucrado.

Las obras de García Márquez desde hace años no requieren de lanzamientos con la intención de promover sus ventas. Esto es así desde mucho antes que la Academia Sueca, en un gesto del que no pocas veces se ha separado, le otorgara hace ahora tres años, el premio de Literatura. Desde su aparición, *Cien Años de Soledad* es seguramente la obra que más se ha vendido, la obra que ha tenido mayor número de ediciones y la que ha sido vertida a mayor número de idiomas, como que ha alcanzado no menos de treinta traduc-

ciones. García Márquez es, pues, un "best seller" y cualquier libro suyo de antemano cuenta con un vasto mercado. Que esto quede antes que como un legítimo recurso de promoción comercial, como un homenaje que se le rinde al genial escritor que es una figura familiar, admirada, querida entre todos los barranquilleros.

Sospecho que el nombre con el cual ha sido bautizada esta charla corresponderá con menos fidelidad de la que acaso sería de desear, a lo que van ustedes a escuchar, si para ello tienen paciencia.

Antes, no de entrar en materia, porque eso en ningún momento lo haré, sino, simplemente, de seguir adelante, quisiera decir algunas palabras sobre la literatura de la Costa, que no puede ni debe confundirse con la Literatura Colombiana aunque de ésta forme parte. Lo que acaba de decirse quizá exija amplias explicaciones para que se le atienda a cabalidad. Pero para arrojar un poco de luz diré, solamente, que cuando se habla, en términos generales, de música colombiana por algunas circunstancias en las que tiene que ver el centralismo, se está excluyendo la música de la Costa, la cumbiamba, los paseos vallenatos, el mapalé, el fandango, etc. Por música colombiana común y discriminadamente, se entiende pasillos, bambucos, torbellinos, guabinas. Probablemente llegará un día en el que esta inexactitud de tipo geográfico, se corrija.

La Literatura de la Costa, entendiéndolo por tal la que se ha hecho en este sector de la Patria que comprende siete departamentos todos bañados por el mar Caribe, difiere en forma tajante con la del resto de la nación y frente a ésta, en materia de innovación ha mantenido un liderato que se consolida con el nombre de Gabriel García Márquez.

Los costeños, individualistas por temperamento, individualistas gracias a una ley inescrutable de su psicología, tan distinta de la que es propia de nuestros hermanos de las estribaciones y de las mesetas andinas, gustan y disfrutan a pesar de los inconvenientes que ello pudiera implicar, de su ma-

nera de ser. Los costeños son ajenos a toda tendencia gregaria, son alérgicos al adocenamiento aunque a todos, con lazos profundos e indestructibles, los vincula una vigorosa fraternidad. Como si fuera incompatible con su propia índole inconscientemente esquivan cualquier invitación a agruparse. Quizá a ello se deba que sea ínfimo el porcentaje de costeños que ingresa a las comunidades religiosas, al ejército, el que sean renuentes a formar parte de sociedades anónimas. Quizás esto explique que se hayan destacado, inclusive con resonancia mundial, en deportes estrictamente, fundamentalmente individualistas como el boxeo, como el tiro al blanco.

Ese individualismo, que otros calificarán, y ese instinto a no ser como los demás, al expresarse en términos literarios, ha producido una literatura diferente a la que en el curso de los siglos se ha desarrollado en el interior de la república. Si alguien lee, pongamos por ejemplo, un libro, una novela, un cuento colombiano, inmediatamente puede decir si quien lo escribió es de la Costa o es del interior.

Sobre este particular, digamos algo más. E ilustrémoslo con algunos ejemplos.

Lo que hoy conocemos como la poesía negra nació en la Costa y con Candelario Obeso, el autor de la desgarradora Canción del Boga Ausente, para culminar, ya en este siglo, con Jorge Artel cuyo libro *Tambores en la Noche* desde hace años está pidiendo una re-edición.

Sin parecerse a nadie, Gregorio Castañeda irrumpe en la literatura colombiana y es consagrado como el "poeta del mar".

Luis Carlos López no tiene antecedentes, ni remotos ni cercanos, en nuestra literatura. Cuando aparece en el panorama literario, casi como un antipoeta, desconcierta a los críticos que lo miran con recelo porque no es posible clasificarlo. Hasta hace poco era uno de los desterrados de nuestros textos de Historia de la Literatura Colombiana.

versas materias. De esa época, escritos por Gabito el doctor Consuegra conserva algunos sonetos, de la más pura esencia piedracelista y, especialmente carranziana. Sospecho que no son muchos esos poemas que el doctor Consuegra divulgó por la prensa hace ya varios años y que han sido reproducidos con bastante frecuencia. Si Lucho Consuegra decidió conservar esas poesías no lo hacía únicamente por amistad sino, también, porque en ellos encontró ya madurez, dominio del idioma y una sensibilidad limpia de cursilerías y de inaceptables desbordamientos líricos.

Yo recuerdo la noche que nos conocimos. No preciso el lugar, tampoco la fecha, pero debió ser a principios de 1949. Estábamos Germán Vargas, Gabito y yo. Me parece que no éramos más. Los padres de Gabito ya se habían ido de Sucre y se habían radicado en Cartagena. Gabito, que frisaba en los veinte años, escribía notas en El Universal de Cartagena, al amparo, sabio y bondadoso de Clemente Manuel Zavala, el Camarada Zavala como le decíamos todos. No tengo que decir que la conversación fue estrictamente literaria. Cuando ya alta la noche nos despedíamos en una esquina donde la brisa soplaba con fuerza, yo le pedí a Gabito que no se fuera al día siguiente como tenía planeado sin antes hablar conmigo.

Yo trabajaba en El Heraldo, era el editorialista y tenía una sección de comentarios con el nombre genérico de Aire del Día y que firmaba con el pseudónimo de Puck, de obvia extracción shakesperiana.

Al día siguiente a una hora demasiado temprana para un periodista que tiene los trasnochos como un destino ineluctable, conversé con el doctor Juan B. Fernández Ortega y le hablé de Gabito como lo que era ya, un escritor excepcional que de ninguna manera el periódico podía dejar que se escapara. El Heraldo no era entonces la poderosa empresa de estos tiempos. Los sueldos que pagaban eran modestos, demasiado modestos. El Dr. Fernández me dijo que no era posible aumentar los gastos. Y el doctor Fernández Ortega no dio, como decimos, su brazo a torcer.

De la oficina del Director pasé a la Gerencia que quedaba al lado de mi pequeño cubículo, donde yo tenía un escritorio y una Underwood, ya vieja para entonces, que se encuentra, por razones sagradas, en el Museo Romántico. Carlos Manuel Pereira, a quien en su juventud Porfirio Barba Jacob llamaba el Príncipe, me recibió con unas negativas que en nada diferían de aquellas que acababa de escuchar de labios del doctor Fernández Ortega. Pero yo estaba resuelto a que Gabito se quedara. Fue entonces cuando le hice a Carlos Manuel una propuesta heroica: la mitad de lo que yo obtenía por mis artículos y mis editoriales se le pagaría a Gabito por el trabajo que éste ejecutara. El trato fue aceptado. Y Gabito, quien sólo conoció la parte de la historia que yo le referí, aceptó. Puedo decir que encantado. Ese mismo día nos comunicó que nada le agradaba más que quedarse en Barranquilla en donde se hablaba "saboroso" y de las cosas que a él le gustaba.

En el periódico Gabito se ocupaba de los cables y no tardó en tener su propia sección que consistía en notas impecables, certeras, que no dejaban el menor resquicio para la crítica. Eran notas de esas que Aldous Huxley llamó de "verdad completa". La sección la denominó La Jirafa, "quizá el único mamífero que no hace ruido alguno porque las cuerdas vocales las tiene atrofiadas", me aclaró. El pseudónimo, Séptimus, con que firmaba, lo tomó de la señora Dalloway, esa novela de Virginia Woolf que Gabito leía y releía y de la cual podía recitar, sin vacilaciones ni tanteos, páginas enteras.

Gabito era muy puntual a la reunión de todos los días que se iniciaba en la Librería Mundo de Jorge Rondón y que se trasladaba, a eso de las seis de la tarde, al vecino Café Colombia. Los contertulios eran don Ramón Vinyes, el sabio catalán de Cien años de Soledad, José Félix Fuenmayor, Bernardo Restrepo Maya, Orlando Rivera, Héctor Rojas Herazo, Germán Vargas, Adalberto Reyes Olivares, Carlos de la Espriella y, desde luego, Alejandro Obregón.

Siempre hablábamos de lo mismo, de Faulkner, de la señora Woolf, de Joy-

ce, de Proust, de Borges, de Felisberto Hernández, ahora casi tan desconocido como entonces.

Con frecuencia, de allí nos trasladábamos al Café Roma, donde concurrían los catalanes republicanos con el doctor Solé i Pla a la cabeza.

A menudo llegábamos hasta escuchar el canto de los gallos en esos amaneceres que tantas veces nos sorprendió en el Avispón Verde.

Interrumpo este hilo de recuerdos cuya trivialidad no se escapa, para decirles a ustedes que me sería menos difícil, menos arduo hablar de Gabito si Gabito no fuera mi amigo, si Gabito fuera, para mí, un extraño, colocado fuera de los linderos del afecto. Baudelaire en uno de sus ensayos dijo a propósito de Théophile Gautier, su gran amigo, al que le dedicó "Las Flores del Mal", las siguientes palabras: "No conozco sentimiento más embarazoso que la admiración". Por la dificultad de expresarse adecuadamente, se parece al amor. Yo creo que por esto he sido muy parco en escribir sobre Gabito. Y estoy seguro de que eso es lo que ocurrió con Alvaro Cepeda Samudio y es lo mismo que sucede con Germán Vargas y con Alvaro Mutis.

Y cerremos este paréntesis, para seguir con los chismes.

¿Por qué a esta charla la titulé García Márquez y Barranquilla? Yo creo que deben estudiarse aquellos pocos años que Gabito pasó aquí en la primera década del 50. Yo creo que en esa época, gracias a influencias benéficas y acertadas, se maduró y se consolidó esa vocación suya que a todos nos pareció tan clara. Aquí hizo lecturas fundamentales y me parece que aquí encontró su verdadero camino.

Muchos años más tarde y a muchas leguas de aquí con el inconfundible acento de quien hace una confesión sincera, me dijo:

—Créeme, lo más importante que me

ha pasado en mi vida de escritor fue aquel tiempo que pasamos en Barranquilla.

El tuvo que descubrirlo desde un principio, desde ese momento en que decidió quedarse en Barranquilla con un sueldo exiguo, insignificante.

En su libro de casi 700 páginas GARCIA MARQUEZ: HISTORIA DE UN DEICIDIO Vargas Llosa escribió... "su vida en Barranquilla, aunque ajustada, era exaltante. Había ante todo esa honda fraternidad entre él y Germán Vargas, Alvaro Cepeda y Alfonso Fuenmayor. Este último, mayor que los otros, era el mentor intelectual del grupo quien descubría a los autores extranjeros que leían con avidez: Faulkner, Hemingway, Virginia Woolf, Kafka, Joyce. Iban a menudo al Café Colombia, a reunirse con Ramón Vinyes, anciano pintoresco y cultísimo, escritor también..."

Sí, yo creo que debe estudiarse eso que dice el título de esta charla GARCIA MARQUEZ Y BARRANQUILLA.

Quienes han organizado este acto académico-comercial me han pedido que sea breve y voy a concluir dejando por fuera muchas cosas. Pero quiero decir antes unas cuantas palabras sobre CRONICA.

Un día caminábamos por la Calle de San Blas cuando Gabito me detuvo del brazo para decirme: "Estamos muy bien de grupo".

Ese grupo, fue una conclusión a la que llegamos sin esfuerzo Alvaro, Germán, Gabito y yo, necesitaba publicar un semanario.

Siempre me ha gustado la palabra crónica. La Biblia es una crónica, la Ilíada y la Odisea son crónicas y crónicas son la Divina Comedia y el Quijote. Los cronistas son los poetas, etc. Y ese fue el nombre del semanario.

El semanario nació y Gabito, quien sugirió que el slogan debía ser "su me-

yor week-end", asumió las funciones de Jefe de Redacción. Pero fue también dibujante, armador y, en fin, un hombre orquesta. Estudiando una estrategia para llegar al público, nos pusimos de acuerdo en darle un cierto carácter deportivo. En el primer número Germán Vargas debutó con una magistral crónica sobre Heleno de Freitas, el fabuloso jugador carioca. La crónica, que tiene valores perdurables, fue reproducida por la prensa brasileña.

Allí publicó algunos de sus cuentos José Félix Fuenmayor y Alvaro Cepeda escribió, entre otras cosas, una crónica sobre el célebre zaguero del Junior Vigorón Mejía, de quien se había hecho muy amigo en un campeonato suramericano de fútbol que había tenido lugar en Guayaquil, Ecuador. Las fotos eran de Quique Scopell. Orlando Rivera, Figurita, era el ilustrador de cabecera. Don Ramón Vinyes nos mandaba colaboraciones de Barcelona, de donde no regresaría nunca. Yo traduje del inglés un cuento de Julio Mario Santo Domingo que fue ilustrado por Alejandro Obregón.

Gabito escribió una crónica sobre Beracochea, un zaguero negro que jugaba para el Junior y quien había tenido la ocurrencia, para quebrar, de abrir un bar en la calle de San Blas con Líbano. Gabito tituló su crónica: Beracochea, el jugador mejor vestido. Y quiero hacer una observación que ojalá no pase inadvertida para algún crítico. Y es la preocupación de Gabito por la ropa. En una de sus Jirafas, refiriéndose a Dámaso Pérez Prado lo llama "un hombre serio y bien vestido". Al presidente Turbay Ayala le critica sus vestidos a pesar de que están confeccionados por consumados sastres de Saville Row, de Londres. Un día me dijo que el poeta Jorge Rojas había pasado por París. Y me comentó: "si hubieras visto lo bien vestido que estaba". Y para recibir el premio Nobel en Estocolmo, él se vistió de manera especial. Un renombrado sastre de Veracruz, México, le confeccionó la cotona o liqui-liqui, como la llaman en Venezuela. Y en su último libro, ese que está lanzándose aquí, dice: "el doctor Urbino no estaba de acuerdo: un pre-

sidente liberal no le parecía ni más ni menos que un presidente conservador, sólo que peor vestido".

Bueno, por hoy, esto es todo.